

KHALIL GIBRAN, *El Profeta*, traducción de CARLOS ALBERTO SEGUÍN, Lima, Talleres Gráficos P. L. Villanueva, 1967, 116 págs.

Esta traducción, *carmina non prius audita*, es signo de los tiempos en el Perú. Simboliza el hecho, ciertamente hermoso, de cómo las letras y toda humana actividad van adquiriendo, en tierra peruana, dimensión universal. Es decir, el Perú va dejando de ser provinciano en su *Weltanschauung*.

Carlos Alberto Seguín, médico psiquiatra peruano, de renombre internacional, actual Director del Instituto de Psiquiatría Social de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, ofrece esta traslación en un momento en que Lima, y todo el país, parecen sacudir de seculares prejuicios el quehacer intelectual. Bastará señalar algunos hechos concretos para comprobar esta verdad. Los estudios orientales (que son los que más de cerca nos tocan) tienen algunos representantes distinguidos: están los indólogos peruanos Fernando Tola Mendoza, hoy en Nueva York; José León Herrera, con experiencia muy seria en Europa; el sanscritólogo y tibetólogo italiano Onorio Ferrero de Gubernatis, de tan benemérita labor universitaria. El arabismo y la islamología, pese a nuestros esfuerzos, no han tenido mayor acogida. El helenismo, disciplina antes totalmente peregrina en el cuadro de la cultura peruana, también ha realizado algunos avances: Wagner de Reyna ha vertido, con singular maestría, al Estagirita.

El nombre y la obra de Gibran no son, como otras figuras de la cultura árabe, desconocidos en el Perú. Sus libros son accesibles, hace mucho tiempo, a los lectores de toda Hispanoamérica, a través de versiones, no siempre felices, publicadas en Argentina, Chile o Venezuela.

Gibran, escritor notable, en árabe lo mismo que en inglés, es el "enfant perdu de la nation arabe", como con agudeza gala lo ha llamado nuestro caro amigo el profesor Jean Lecerf (vid. *Djabran Khalil Djabran et les origines de la prose poétique moderne*, en *Orient* (París), núm. 3 (juillet 1957), pág. 14).

Gibran nació en Bsharre (Bichary) en 1885 (Pedro Martínez Montavez, en su flojo libro *Poesía árabe contemporánea*, Escelicer, Madrid, 1958, pág. 111, señala como fecha de nacimiento del poeta el 8 de enero de 1883). Hubo de pasar largas temporadas en París donde fue discípulo de Rodin. Ulteriormente se estableció en Estados Unidos de Norte América.

Su producción es abundante y de la más alta calidad. Concilia con rara fortuna y talento sin par todas las tendencias de la poesía árabe. Puede decirse que Gibran con instrumentos modernos afina el oro viejo de otros tiempos. Por eso, precisamente, Gibran es, como poeta y como prosista, difícil de traducir, sea del árabe o del inglés, lengua esta última a la cual revistió con las galas del genio oriental.

Quien dude de esta afirmación podrá leer las impecables ediciones de Gibran en el sello Heinemann de Londres.

La obra de Gibran, además, trasunta todos los problemas psicológicos del destierro que él se impuso. Sobre todo, la profunda melancolía, a veces desgarrante, de un exilio que se identifica, en general, con el espíritu de todos los inmigrantes árabes que, a principios del siglo, se instalaron en Norte América y cuyo pensamiento rector lo hallamos en las palabras de Shukri el-Kuri: "Si quelqu'un veut servir sa patrie, c'est en s'expatriant qu'il pourra mieux le faire".

Esta inmigración, que no fue individual sino de grandes masas compactas, hizo posible las obras más importantes de la literatura árabe moderna como expresión de un propósito de conservar lengua, instituciones y costumbres allende los mares (vid. Kratchkovsky, *Die Literatur der arabischen Emigranten in Amerika*, en *Le Monde Oriental*, XXI (1927), págs. 193-213).

Pero, además, *The Prophet* representa uno de los momentos culminantes de la obra de Gibran. Luego de haber escrito *Las alas rotas* y otros títulos, Gibran comienza a usar el inglés para expresar su rebeldía, llena de no disimulada tristeza.

Si consideramos todo lo dicho, podremos valorar cabalmente la traducción de Seguí. *El Profeta* es libro inspirado, ciertamente, en el amor. Su quintaesencia es exquisita. Pero en sus páginas hallamos otras facetas de la personalidad de su autor. Por ejemplo: el pesimismo o el erotismo. Libro, en suma, difícil, complejo, cuyo traductor ha debido luchar con todo género de obstáculos. Y Seguí, psiquiatra y conocedor, por ende, del alma humana, los ha orillado con pleno acierto, de manera tal que la nube de armonías que es posible oír al leer el original, la capta el lector hispánico en armónicos equivalentes. Para muestra baste citar un párrafo inicial: "Almustafa, the chosen and the beloved, who was a dawn unto his own day...", suena bellamente en español, por obra de Seguí: "Almustafa, el elegido y bien amado, el que era un amanecer en su propio día...", con lo cual se conserva plenamente el tono oriental de la prosa inglesa de Gibran. Lo mismo en otros párrafos cuyas citas podrían multiplicarse: "Then said Almitra. Speak to us of Love. / And he raised his head and looked upon the people...", que en Seguí aparece galanamente: "Dijo Almitra: Háblanos del Amor. / Y él levantó la cabeza, miró a la gente...", (pág. 3).

Recuerdo que pocos meses antes de su muerte en París, don Ventura García Calderón (1887-1959) tuvo varias discrepancias conmigo sobre la guerra de independencia argelina. El eminente escritor peruano sostenía la necesidad de que Francia no abandonara sus posiciones del Norte africano. Lo que comenzó con un intercambio de opiniones sobre cuestiones orientales, se transformó en verdadera polémica pues mientras el ilustre escritor condenaba la lucha heroica por la libertad

árabe, desde su posición de Representante del Perú ante la UNESCO, yo me declaraba ferviente partidario de la autodeterminación de los pueblos. Y precisamente al revisar el legajo de esas cartas (no más de una decena) hallo que don Ventura traduce el indicado párrafo de Gibran así: "Entonces dijo Almitra, Háblanos de Amor. Y él alzó su cabeza, y miró sobre la gente...". Cotejese este brevísimo párrafo y obsérvese cómo Seguí, sin desmontar metáforas ni usar perífrasis, parece haber captado con más exactitud el ritmo oriental gibránico. Seguí, apartándose del texto ("of love"), pero acercándose más al espíritu y a la forma del pensar árabe, traduce, por ejemplo: "del Amor", en vez de "de Amor". Esta pequeña, nimia diferencia es más acorde con la expresión oriental. El asunto requeriría una explicación más amplia, reservada para otra ocasión y lugar.

Por ser la primera vez que un peruano traduce una obra capital del pensamiento árabe, porque esta traducción se ha realizado con el éxito que es posible esperar en esta clase de empresas; y sin que, como peruano, me inspire ningún propósito patrioter, puedo decir que Seguí merece gratitud de las letras hispanoamericanas.

Quepa aquí una ligera historia de esta bella traducción.

Hace más de quince años, Seguí, sin intención de publicarla y por puro gozo íntimo, emprendió la tarea ardua de verter a Gibran. Acostumbraba leer *El Profeta* a sus discípulos, "haciéndoles notar cómo vale más, para el conocimiento y la purificación del alma humana, la intuición del poeta que la metodología del sabio" (es confidencia epistolar de Seguí, que me permito revelar por su indudable valor). Hago notar que este cotejo de intuición poética y conocimiento científico es muy caro a quienes, como Henri Corbin, por ejemplo, han estudiado comparativamente el pensamiento oriental frente al pensamiento europeo de raíz greco-romano-cristiana.

En 1966 un grupo de alumnos de Seguí insistió en dar a la luz esta traducción. Con modestia, el distinguido médico psiquiatra se resistió a acceder. Pero al fin cedieron sus escrúpulos. Y el libro vio la luz tal cual hoy lo comentamos.

Hubiera sido de desear que Seguí escribiese un pequeño prólogo, para exponer sus ideas sobre Gibran en el cuadro general de la historia de las ideas árabes. Tal sería un testimonio valioso, pues son pocas las páginas de hispanoamericanos sobre el vasto y complejo mundo de la *urubah*. Pero Seguí ha visto el asunto más con amor que con propósitos de erudición. Y esto explica, también, algunas otras omisiones que observamos, v. gr. el no haber señalado la edición del texto inglés que ha servido para esta traducción.

Por otro lado, no veo la razón por la cual Seguí, al fin del libro, como índice del mismo, inserte una serie de títulos que, al menos, no aparecen en la edición de la Casa Heinemann, utilizada para la elaboración de esta breve nota.

Al final, los alumnos de Seguín, pese a la reiterada negativa de éste, insertan una delicada página del distinguido médico peruano, titulada *El adiós*, cuyo espíritu parece más chopiniano que gibraniano.

Este libro habrá cumplido fin muy alto si logra despertar la curiosidad de mi país por el pensamiento y la cultura de los árabes.

RAFAEL GUEVARA BAZÁN.

Lima, Perú.

LUCÍA GARCÍA DE PROODIAN, *Los judíos en América: Sus actividades en los Virreinos de Nueva Castilla y Nueva Granada: siglo XVII*, Prólogo de Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "Arias Montano", 1966, xxii + 565 págs.

El interés por la historia de los criptojudíos en la España posterior al siglo xv ha crecido extraordinariamente en los últimos años. Si bien en épocas anteriores Amador de los Ríos, el Padre Fita, Menéndez Pelayo, Serrano y Sanz y Méndez Bejarano habían tratado con mayor o menor fortuna el tema, es, sin duda, Américo Castro quien, con sus investigaciones sobre la realidad histórica española, considerada a la luz de los conflictos e interrelaciones de 'castas', ha promovido e incitado estudios recientes sobre el criptojudasmo español, algunos de tanta calidad como los de Julio Caro Baroja, Domínguez Ortiz, Sicroff, Révah y López Martínez.

Era, sin embargo, claramente visible en estos trabajos una laguna importante: la relacionada con la sociedad criptojudía en Ultramar. La aportación de José Toribio Medina, aunque importante, no profundizó en la problemática que planteaban los encausados judaizantes por la Inquisición en Indias; y otros estudios, o bien trataron sólo marginalmente la temática criptojudía (Tejado Fernández) o bien se ocuparon sólo en una reducida zona americana (Lafuente Machaín, Günther Böhm) o dedicaron atención solamente a grupos aislados de judaizantes (Alfonso Toro, Raúl Molina).

El libro de Lucía García de Proodian, más amplio en su ámbito de estudio que los de Lafuente Machaín, Günther Böhm, Alfonso Toro y Raúl A. Molina, más especializado que los de José Toribio Medina y Tejado Fernández, y más denso y documentado que los esquemas, excesivamente rápidos, de José Monin y Peter Wiernik, representa una interesante y valiosa aportación a la labor investigadora sobre la permanencia, actividades y personalidad, individual y colectiva, de los criptojudíos en la América Española. Necesariamente limitado (por su concepción de tesis doctoral, por el ámbito geográfico estudiado, por la